

Centros Educación Infantil y Primaria Públicos de Torredonjimeno

Crónicas de Spiderwick – El libro fantástico–

Capítulo 1 –Continuación de 3º–

El vestíbulo conducía a un comedor en el que no había otro mueble que una mesa alargada con viejas manchas. Zonas del enlucido del techo estaban agrietadas, y una araña de luces colgaba de unos cables medio pelados.

–¿Por qué no empezáis a traer cosas del coche? –dijo mamá.

–¿Traerlas? ¿Adónde? ¿Aquí? –inquirió Jared.

–Sí, aquí. –Mamá depositó la maleta en la mesa sin hacer caso de la nube de polvo que se levantó—. Si vuestra tía Lucinda no nos hubiese dejado quedarnos aquí, no sé dónde habríamos acabado. Debemos estarle agradecidos.

Los tres hermanos guardaron silencio. Por más que se esforzaba, Jared no sentía nada remotamente parecido a la gratitud. Desde que su padre se marchó de casa, todo había ido de mal en peor. Había tenido problemas en el colegio, como el moratón en su ojo izquierdo le recordaba continuamente. Aun así, esa casa... Esa casa era lo peor que le había ocurrido hasta entonces.

–Jared –dijo su madre cuando él se disponía a salir detrás de Simón para descargar el coche.

–¿Qué?

Ella aguardó a que los otros dos se alejasen por el vestíbulo antes de hablar.

–Es nuestra oportunidad de empezar de cero, ¿de acuerdo? Una buena oportunidad para todos.

Él asintió con la cabeza, de mala gana. No hacía falta que ella aclarase lo que quería decir: que la única razón por la que no lo habían expulsado del colegio era que se iban a mudar de todos modos. También por ese motivo debía sentirse agradecido. Pero no lo estaba.

Fuera, Mallory había apilado dos maletas encima de un gran baúl.

–Por lo visto se está matando de hambre –comentó.

–¿Tía Lucinda? Lo que pasa es que es vieja –dijo Simón—. Vieja y chiflada.

–He oído a mamá mientras hablaba por teléfono –replicó Mallory, sacudiendo la cabeza—. Le estaba contando a tío Terrence que tía Lucinda cree que unos hombrecillos le traen la comida.

–¿Qué esperabas? Está en un manicomio –dijo Jared.

Mallory prosiguió como si no lo hubiese oído.

–Les dijo a los médicos que la comida que le daban era mucho más sabrosa que cualquiera de las cosas que ellos pudieran probar jamás.

–Te lo estás inventando. –Simón se pasó al asiento de atrás y abrió una de las maletas.

Mallory se encogió de hombros.

–Si se muere, alguien heredará este lugar y tendremos que mudarnos de nuevo.

–Entonces quizá podríamos regresar a la ciudad –aventuró Jared.

–Ni lo sueñes –repuso Simón, sacando varios pares de calcetines enrollados—. ¡Oh, no! ¡Jeffrey y Lemondrop han hecho un agujero en la caja!

–Mamá te dijo que no trajeras los ratones –le reprochó Mallory—. Te dijo que ahora podrías tener mascotas normales.

–Si los soltara, seguro que acababan enganchados en una trampa o algo así –se lamentó Simón, volviendo un calcetín del revés y sacando un dedo por el

agujero de la punta —. ¡Además, tú has traído toda tu chatarra de esgrima!

—No es chatarra —gruñó Mallory—. Y lo que te aseguro es que no está viva.

—Déjalo en paz —dijo Jared.

—Sólo porque tengas un ojo morado no creas que no te puedo dejar el otro igual. —La melena de Mallory ondeó hacia atrás cuando se volvió hacia él para ponerle una maleta pesada en las manos—. Carga con esto si eres tan duro.

Aunque Jared sabía que algún día sería más grande y fuerte que ella (cuando ella no tuviera trece años ni él nueve), le costaba imaginarlo.

Jared se las arregló para cruzar el umbral con la maleta a cuestas antes de dejarla caer. Supuso que podría arrastrarla durante el resto del camino si hacía falta sin que nadie se enterase. Sin embargo, a solas en el vestíbulo de la casa, Jared ya no se acordaba de cómo llegar al comedor. Desde donde se encontraba, dos pasillos serpenteaban hacia el interior de la casa.

—¿Mamá? —Pese a que pretendía llamarla en voz alta, de su garganta brotó un gritito apenas perceptible incluso para él.

No obtuvo respuesta. Dio un paso vacilante y después otro, hasta que el crujido de una tabla del suelo lo detuvo.



¿Mamá?